

STEFAN ZWEIG

# LAS HERMANAS

«CONTE DROLATIQUE»

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE BERTA VIAS MAHOU

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Die gleich-ungleichen Schwestern*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 1976 by Williams Verlag, Zúrich

© de la traducción, 2011 by Berta Vias Mahou

© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

Esta traducción cuenta con una ayuda  
del Ministerio austríaco de Educación, Arte y Cultura

En la cubierta, retrato de Roger Fenton (1856)

ISBN: 978-84-15277-34-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 32 430-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

En algún lugar en una ciudad meridional, cuyo nombre preferiría no mencionar, me sorprendió, al salir de un estrecho callejón, la visión repentina y soberbia de un edificio de estilo antiguo, rematado por dos formidables torres hasta tal punto de las mismas medidas y forma que a la luz del crepúsculo producían el efecto de ser la una la sombra de la otra. No se trataba de una iglesia, como tampoco parecía haber sido un palacio en otro tiempo. Daba una impresión monacal y, sin embargo, con sus superficies amplias, imponentes, parecía una construcción profana, por supuesto, de una época indeterminada. De modo que, con cortesía, alzando el sombrero, importuné a un ciudadano de rojas mejillas, que en aquel preciso instante tomaba un vaso de vino del color de la paja en la terraza de un pequeño café, y le pregunté por el nombre de aquel edificio que se

alzaba de manera tan imponente por encima de los bajos tejados a dos aguas. El hombre, sentado plácidamente, levantó la vista sorprendido y, sonriendo despacio y paladeando, me contestó:

—No puedo darle una información del todo fiable. En el plano de la ciudad puede que aparezca bajo otro nombre, pero nosotros seguimos llamándolo como en los viejos tiempos: la casa de las hermanas. Tal vez porque las dos torres son tan parecidas entre sí. Tal vez también porque...

Se detuvo y, previsor, reprimió una sonrisa, como queriendo asegurarse antes de haber tentado lo suficiente mi curiosidad. Pero una media respuesta hace que uno se vuelva impaciente por conocer el resto, de modo que entablamos conversación y con gusto accedí a su invitación de probar un vaso de aquel áspero vino dorado. Ante nosotros, las agujas de las torres refulgían soñadoras a la luz de la luna que lentamente se iba aclarando. El vino me gustó, me pareció excelente, como también la pequeña leyenda de las

hermanas iguales-desiguales que me contó aquel hombre en medio de aquel tibio anochecer y que se reproduce aquí de la manera más fiel posible, aunque sin garantía alguna acerca de su veracidad histórica.

Cuando en una ocasión el ejército del rey Teodosio se vio en la necesidad de instalar sus cuarteles de invierno en la que por entonces era la capital de Aquitania, y gracias a un merecido descanso los rocines derrenegados recuperaron su pelaje suave como la seda y los soldados comenzaron a aburrirse, sucedió que el capitán de la caballería, de nombre Herilunt, un lombardo, se enamoró de una hermosa tendera que allí, a la sombra llena de recovecos de los barrios bajos de la ciudad, vendía especias y dulce pan de miel. Él sucumbió de manera tan fuerte a la pasión que, indiferente a su baja extracción social, la desposó rápidamente para poder estrecharla cuanto antes entre sus brazos y se mudó con ella a una casa principesca en la plaza del mercado. Allí se quedaron sin que nadie los viera durante muchas se-

manas, abandonados el uno al otro, y se olvidaron de los hombres, del tiempo, del rey y de la guerra. Pero mientras ellos estaban por completo sumidos en el amor y se quedaban cada noche amodorrados el uno en brazos del otro, el tiempo no durmió. De pronto se levantó un cálido viento del sur, bajo cuya lengua abrasadora el hielo reventó en las corrientes, y a cuyo paso fugaz en los prados los crocus y las violetas empollaron sus florecillas de distintos colores. De la noche a la mañana, las copas de los árboles reverdecieron. En las ramas heladas, guirnaldas llenas de capullos rompieron sus húmedos brotes. La primavera volvió a renacer de la tierra saturada. Y con ella, de nuevo la guerra. Una mañana la aldaba de bronce del portón golpeó, imperiosa y exigente, en mitad del ligero reposo matutino de los amantes. Un mensajero del rey ordenó a su capitán que cogiera sus armas y partiera de allí. Los tambores resonaron en los cuarteles de acantonamiento. El viento restalló en las banderas. Y pronto la plaza del mercado chisporroteó bajo las

pezuñas de los caballos ensillados. Entonces Herilunt se deshizo con rapidez de los suaves brazos con los que su mujer invernal se agarraba a él, pues aun siendo su amor tan fogoso, con mayor fuerza ardían en él la ambición y el placer masculino frente a la batalla campal. Insensible a sus lágrimas e inmovible frente a su deseo de acompañarle, dejó a la mujer en aquella espaciosa casa e irrumpió con la formidable tropa en el país de Mauritania. En siete combates derrotó al enemigo. Con dureza barrió los bastiones piratas de los sarracenos. Destruyó sus ciudades y las saqueó, triunfal, bajando hasta la costa, donde tuvo que fletar veleros y galeras para enviar a casa el botín. Tan inconmensurable era su opulencia. Jamás una victoria se había ganado luchando con tanta premura. Jamás una expedición militar se había coronado con tal rapidez. No es de extrañar que el rey, para agradecer a tan intrépido siervo en la guerra, le concediera en feudo y administración a cambio de un insignificante tributo el norte y el sur del país conquistado.

Entonces Herilunt, cuya patria hasta ese momento había sido la silla de montar, hubiera podido solazarse y deleitarse de por vida con harto bienestar. Pero su ambición, más bien aguijoneada que mitigada por la rápida ganancia, le hizo negar la idea de convertirse en un mero súbdito y de pagar tributo ni tan siquiera a su señor. Tan sólo una diadema real le parecía lo suficientemente brillante para coronar la frente lisa de su esposa. De modo que de manera encubierta incitó a sus propias tropas a que se rebelaran contra el rey y provocó un levantamiento. Pero, denunciada a tiempo, la conspiración fracasó. Golpeado aun antes de la batalla, excomulgado por la Iglesia, abandonado por sus propios caballeros, Herilunt tuvo que huir a las montañas. Y allí, mientras dormía, unos campesinos mataron a golpes al proscrito para cobrar la elevada recompensa.

Al mismo tiempo que los esbirros del rey hallaban el cadáver sangriento del rebelde sobre el lecho de paja de aquel granero, le arrancaban las alhajas y las ropas y arrojaban

el cuerpo mutilado al desolladero, su mujer, sin saber nada de su muerte, daba a luz en la cama de brocado del palacio a un par de niñas, gemelas, que ante una gran concurrencia de ciudadanos fueron bautizadas por el propio obispo con los nombres de Helena y Sophia. Aún repicaban las campanas en las torres y tintineaban las copas de plata durante el banquete, cuando de súbito llegó la noticia del levantamiento y la muerte de Herilunt, seguida rápidamente por una segunda embajada, según la cual el rey, de acuerdo con las leyes consuetudinarias, reclamaba para su tesoro la casa y los bienes del rebelde. De modo que la hermosa tendera, apenas recuperada del parto, tras un breve período de magnificencia hubo de volver al mohoso callejón de los barrios bajos de la ciudad con el viejo y raído vestido de lana. A su miseria ahora añadía dos hijas menores de edad y la amargura de un desengaño tan duro. De nuevo se sentó desde la mañana hasta la noche sobre el vulgar taburete de madera de su comercio y ofreció al vecindario especias y dulces productos de

miel, y con frecuencia maliciosos discursos sarcásticos, a la vez que se embolsaba las monedas de cobre ganadas de forma miserable. La aflicción apagó rápidamente la clara luz de sus ojos. Las canas prematuras hicieron palidecer su cabello. Pero la avispada alegría y el especial atractivo de las encantadoras gemelas la resarcieron rápidamente de la pobreza y la adversidad, pues las dos habían heredado la belleza radiante de la madre y eran tan parecidas entre sí en la figura y en la gracia al hablar que se diría que en una se contemplaba como en un espejo vivo la deliciosa imagen de la otra. No sólo los extraños, ni siquiera su propia madre era capaz de distinguir a aquellas dos niñas que tenían la misma edad y la misma figura. A Helena y Sophia. Tan completo era su parecido. De modo que hizo que Sophia llevara como brazaletes una cintita de tela para diferenciarla de su hermana gracias a aquel distintivo. Pero si oía sus voces o tan sólo veía los rostros de sus gemelas, entonces no sabía con qué nombre debía llamar a cada una de ellas de tan semejantes como eran.